

## LIBRO CUARTO.

Diputacion de la Gironda.—Agitacion de los clubs.—Oradores al aire libre.—Traslacion de las cenizas de Voltaire al Panteon.—Juicio critico de sus obras y de su carácter.—Revision de la Constitucion por la Asamblea nacional.—El rey acepta la Constitucion.

### I.

Presentiase entre tanto un nuevo movimiento político por el lado de Mediodía y Burdeos estaba en fermentacion. El departamento de la Gironda, acababa de crear de un golpe todo un partido político, con el nombramiento de sus doce diputados. Este departamento distante de París, iba á apoderarse de solo un golpe del imperio de la opinion y de la elocuencia. Los nombres oscuros hasta entonces de Ducos, de Guadet, de Granjeneuve, de Gensonné, y de Vergniaud, iban á hacerse célebres con las borrascosas desgracias de su patria. Estos hombres estaban destinados á imprimir en la revolucion, indecisa todavía, un movimiento que habia de precipitarla en la república. ¿Por qué habia de venir este impulso del departamento de la Gironda y no de París? Arriesgado seria

hacer otra cosa que meras conjeturas sobre este particular. Sin embargo, era mas fácil que estallase el movimiento republicano en Burdeos que en París, en donde la presencia de la corte y la continua accion que sobre la poblacion ejercia desde tiempos muy remotos, enervaba la independenciam de los caracteres y la austeridad de los principios, que son las bases fundamentales del civismo. Los estados del Languedoc y los hábitos consiguientes á una provincia administrada por sí misma, debian predisponer á los habitantes de la Gironda, á tener un gobierno electivo y federativo.

Burdeos era un pais parlamentario. Los parlamentos habian sostenido por todas partes el espíritu de resistencia, y aun habian creado muchas veces el espíritu de faccion contra la corona. Burdeos era un pueblo comercial, que como todos los que se hallan en igual caso, amando la libertad por propio interés, concluyen por contraer el sentimiento de ella. Burdeos era una ciudad colonial y la grande escala de América en Francia. Las continuas relaciones entre su marina mercantil y los americanos, habian introducido en la Gironda un gran entusiasmo por las instituciones liberales. Era finalmente Burdeos un pais, mas á propósito y mas espuesto á los rayos de la filosofia que el centro de la Francia; así es, que habia germinado allí sin ningun auxilio extraño, antes de germinar en París. Burdeos era la patria de Montaigne y de Montesquieu, primeros republicanos célebres del pensamiento francés. El uno habia sondeado libremente los dogmas religiosos; el otro, habia penetrado en lo mas recóndito de las instituciones políticas. El presidente Dupaty, habia fomentado allí despues el entusiasmo por la nueva filosofia. Era ademas Burdeos una tierra casi romana, en donde las tradiciones de la libertad y del foro romano se habian perpetuado en el parlamento. Existian aun allí ciertos vestigios de la antigüedad, y Burdeos era mas republicana aun en su elocuencia

que en su opinion. Descubriase aun en su patriotismo algo del énfasis latino, y era de esperar que la república naciese en donde habian nacido Montaigne y Montesquieu.

## II.

El momento de las elecciones fué la señal de un encarnizado combate entre la prensa periódica. El método ordinario de distribuir los periódicos, no se consideró ya suficiente, por lo cual se encargó la direccion de la opinion pública, á una porcion de repartidores de nueva invencion, que gritando por las calles su contenido, hacian mayor la espendicion. Inventáronse ademas ciertos periódicos-carteles que se fijaban en las esquinas de las calles y plazas públicas, á fin de que el pueblo pudiese leerlos cómodamente. Unos oradores nómadas inspirados ó pagados por los diferentes partidos estaban fijos allí para comentar aquellos escritos con todo el calor que da la pasion. Loustalot, en las *Revoluciones de París*, periódico fundado por Prudhomme y continuado despues por Chaumete y por Fabre-d'Eglantine; Marat, en el *Publicista* y en el *Amigo del pueblo*; Brissot, en el *Patriota francés*; Gorsas, en el *Correo de Versalles*; Condorcet, en la *Crónica de París*; Cerutti, en la *Hoja de la aldea*; Camilo Desmoulins en los *Discursos del Reverbero* y en las *Revoluciones de Brabante*; Freron en el *Orador del pueblo*. Hebert y Manuel, en el *Padre Duchesne*; Carra, en los *Anales patrióticos*; Fleydel, en el *Observador*; Laelos, en el *Diario de los Jacobinos*; Fanchet, en la *Boca de Hierro*; Royon, en el *Amigo del rey*; Champeenetz, y Rivarol, en las *Actas de los apóstoles*; y Suleau y Andrés Chelier, en varias hojas realistas ó moderadas, agitaban en todos sentidos el espíritu público, cuyo dominio se disputaban. Parecía que la antigua

tribuna de los romanos, se habia trasladado á la casa de cada ciudadano, y habia enseñado su lenguaje á todas las clases, aun á las menos ilustradas. La ira, los recelos, el odio, la envidia, el fanatismo, la credulidad, la injuria, la sed de sangre, los terrores pánicos, la locura, la razon, la revolucion, la fidelidad, la elocuencia y la ignorancia, cada una de estas cosas tenia su órgano en este desconcierto de todas las pasiones civiles. La ciudad se embriagaba todas las noches con los cálidos miasmas producidos por la fermentacion de tantas pasiones distintas, y nadie trabajaba. La única ocupacion del pueblo, era una vigilancia sin intermision sobre el trono y sobre las maquinaciones, reales ó ficticias, de la aristocracia, con lo que creia prevenirlas y salvar la patria. Los gritos de los revendedores de periódicos, las canciones patrióticas que cantaban los jacobinos al salir de los clubs, las reuniones tumultuosas, las convocatorias para las ceremonias cívicas y los terrores ficticios sobre falta de subsistencias, tenían á las masas de la ciudad y de los arrabales, en una continua agitacion. La opinion pública no dejaba dormir á nadie. La indiferencia hubiese parecido traicion, y era preciso ponerse furioso ó al menos fingirlo, para estar á la altura del espíritu público. Cada nueva circunstancia, aumentaba las pulsaciones de esta calentura, infiltrada por la prensa en todas las venas de la nacion. Su lenguaje participaba del delirio y se envilecia, hasta hacer uso de las mas cínicas palabras.

La prensa habia adoptado todos los refranes del populacho, su trivialidad, sus obscenidades y todas las demas palabrotas de que usa en sus conversaciones para manifestar su odio ó su sed de venganza. Danton, Hebert y Marat, fueron los primeros que adoptaron este tono, y que se sirvieron de un lenguaje soez para halagar á la plebe con la imitacion de sus vicios. Robespierre no se degradó nunca hasta este punto, porque no queria apoderarse del favor del pueblo adulándole en sus viles

instintos, sino tratando de convencer su razon. El fanatismo que le inspiraba con sus discursos, tenia al menos la decencia de los grandes pensamientos, y dominándole por el respeto, desdeñaba captarse su benevolencia por una familiaridad baja é indecente. Cuanto mas ascendiente adquiria y cuanto mayor era la confianza que en él tenian las masas, tanto mas afectaba en sus palabras la elevacion filosófica y el tono austero de un hombre de Estado. Conociáse en sus provocaciones, aun las mas radicales, que si trataba de renovar el órden social, no queria sin embargo corromper sus elementos, porque á su modo de ver existia una gran diferencia en emancipar el pueblo y degradarle.

## III.

En esta misma época mandó la Asamblea nacional que las cenizas de Voltaire se trasladasen al Panteon. Asi se vengaba la filosofia del anatema que habia caido sobre los restos mortales del innovador. El cuerpo de Voltaire habia sido llevado furtivamente y en la misma noche de su fallecimiento, á la iglesia de la abadía de Sallers, en Champaña, por un sobrino suyo. Cuando la nacion vendió aquella abadía, las ciudades de Troyes y Romill se disputaron la gloria de poseer y de honrar los huesos del gran hombre del siglo. París, en donde Voltaire habia exalado el último suspiro, reclamó sus derechos y pidió á la Asamblea que su cuerpo fuese depositado en el Panteon, que era la catedral de la filosofia. La Asamblea acogió gustosa esta idea como un homenaje tributado á la libertad, en la persona de uno de sus primeros y mas distinguidos caudillos. «El pueblo le debe su libertad, dijo Regnault de Saint-Jean d' Angely, al ilustrarle le ha hecho conocer su poder, porque solo

se logra encadenar á las naciones cuando se hallan envueltas en las densas tinieblas de la ignorancia. En cuanto la luz de la razon las descubre lo vergonzoso que es llevar pacientemente las cadenas, se ruborizan de llevarlas y las hacen pedazos.»

El 11 de julio la municipalidad y el consejo departamental, en traje de etiqueta, salieron hasta la barrera de Charenton á recibir el cuerpo de Voltaire. Interinamente fué depositado en el solar de la antigua Bastilla como un conquistador sobre sus trofeos, y el féretro se colocó sobre un pedestal, hecho con las piedras de los cimientos de aquel antiguo baluarte de la tiranía. Asi triunfaba Voltaire, despues de muerto, de aquellas piedras que le habian guardado vivo. Sobre una de estas piedras habia una inscripcion concebida en estos términos: *Recibe en este sitio, en donde te encadenó el despotismo, los honores que te decreta tu patria.*

## IV.

Al otro día, en medio de un sol abrasador, un pueblo inmenso iba acompañando el carro triunfal en que iban los restos mortales de Voltaire. Iba tirado el carro por doce caballos blancos, colocados á cuatro de frente, ricamente enjaezados con oro y flores entrelazadas en las crines, y conducidos por hombres vestidos con el antiguo traje que vemos en las medallas de los triunfadores. En este carro y sobre un lecho fúnebre iba el busto del filósofo. La Asamblea nacional y todas las demas autoridades precedian ó seguian el sarcófago. Las calles, las plazas, las ventanas, los tejados y hasta las ramas de los arboles, todo estaba cubierto de gente. Las miradas de todo el mundo se dirigian hácia el carro, porque la nueva idea conocia que su victoria era la que desfilaba de-

lante de ella y que la filosofía había quedado dueña del campo de batalla. Aunque todo este aparato era profano y teatral, leíase en todos los semblantes el recogimiento de la idea y el gozo interior de un triunfo intelectual. Abrián la marcha gruesos destacamentos de caballería, que parecía ponían sus armas al servicio de la inteligencia. Seguían las bandas de tambores con las cajas enlutadas, tocando marchas fúnebres, y á este ruido se unía el de las salvas de artillería hechas por las piezas que iban á retaguardia de toda la comitiva. Los alumnos de los colegios de París, las diferentes sociedades patrióticas, los batallones de la guardia nacional y los oficiales de la imprenta, así como los jornaleros que habían demolido la Bastilla, iban mezclados con el resto de la comitiva, llevando una imprenta ambulante, en la que se tiraban porción de himnos y de otras canciones en loor de Voltaire. Los jornaleros de que hemos hablado llevaban también parte de las cadenas, grillos, cerrojos y demás efectos que se habían hallado en los calabozos de las prisiones del Estado; finalmente, otros llevaban en hombros los bustos coronados de Voltaire, de Rousseau y de Mirabeau; y también iba sobre unas parihuelas el proceso verbal de los electores del 89, de aquella hegira de la insurrección.

Los ciudadanos del arrabal de San Antonio, llevaban también sobre otra parihuela, un plano en relieve de la Bastilla, y la bandera arrancada de uno de los torreones, acompañando á estos hombres una joven vestida de amazona, que había peleado á su lado en el sitio de aquella plaza. Veíanse por todas partes multitud de picas, en cuyas puntas iba el gorro frigio, y en una de ellas un letrero que decía: *de este hierro nació la libertad*.

Todos los actores y actrices de París seguían detrás del busto de aquel cuyas inspiraciones habían interpretado por espacio de sesenta años. Los títulos de sus principales obras estaban escritos en las cuatro caras de una

pirámide que representaba su inmortalidad. La estatua de Voltaire, dorada y coronada de laurel, era llevada en hombros de unos ciudadanos vestidos con los trages propios de los pueblos y de las épocas cuyas costumbres había descrito.

En otra caja también dorada, iban los sesenta tomos de sus obras. Los miembros de los cuerpos científicos y los de las academias más famosas del reino, iban en torno de aquella arca de la filosofía, y un sin número de orquestas, ambulantes las unas, y establecidas las otras en ciertos puntos de la carrera, saludaban al filósofo con himnos nacionales, lo que hacía crecer el entusiasmo en los espectadores. La comitiva se paraba delante de los principales teatros, en donde se entonaban himnos en loor de Voltaire. En cuanto la comitiva llegó al muelle que lleva su nombre, se paró el carro, frente á la casa de Mr. de Villette, en donde aquel había muerto, y en la que estaba depositado su corazón.

La fachada principal del edificio estaba adornada con guirnaldas de flores y coronas de rosas, y leíase en ella esta inscripción: *Su espíritu está en todas partes, y su corazón aquí*. Unas jóvenes coronadas de flores y vestidas de blanco, ocupaban las gradas de un anfiteatro, preparado al intento delante de la casa. Madama de Villette, que miraba á Voltaire como á un segundo padre, estaba en medio de ellas, radiante de hermosura, y atravesando por medio de aquella reunión de bellas, cubierta de lágrimas, depositó sobre la frente del grande hombre la más hermosa de las coronas: la del amor filial. Al mismo tiempo resonaron en medio de los aires de una música que tenía algo de religiosa, las estrofas compuestas por el poeta Chenier, hombre entusiasta por el filósofo cuando éste vivía, y que tributaba cierto culto á la memoria del gran genio después que la muerte le había hecho enmudecer.

Madama de Villette y sus bellas acompañantes se in-

corporaron á la comitiva, precediendo al carro por aquellas calles sembradas de flores. El peristilo del teatro de San Germán, que estaba entonces en el arrabal, se habia trasformado en un arco triunfal, viéndose en todas sus columnas un medallón con letras doradas y el título de los mejores dramas de Voltaire. Delante del teatro habia una estatua suya, en cuyo pedestal se leían estas palabras: *Compuso la Irene á los ochenta y tres años, y escribió el Edipo cuando solo contaba diez y siete.*

Esta lucida y numerosa comitiva no llegó al Panteón hasta las diez de la noche, y el feretro fué colocado entre los de Descartes y Mirabeau, en un lugar preferente destinado á aquel genio intermediario, entre la filosofía y la política, entre el pensamiento y la acción.

Esta apoteosis de la filosofía moderna en medio de los grandes sucesos que agitaban el espíritu público, demostraba suficientemente que la revolución se comprendía á sí misma y que era la inauguración de los dos grandes principios representados por aquel ataúd: inteligencia y libertad! La inteligencia era la que entraba triunfante sobre las ruinas de las preocupaciones de la cuna, en la ciudad de Luis XIV. La libertad tomaba posesión de la ciudad y del templo de Santa Genoveva. Los féretros de los dos cultos y de las dos épocas iban á estar en pugna hasta dentro de sus sepulcros. La filosofía, tímida hasta entonces, revelaba ya su último pensamiento. Hacer cambiar al siglo los objetos de su veneración.

## V.

Voltaire, este genio escéptico de la nueva Francia, reunía admirablemente en sí en este momento las dobles pasiones del pueblo. La de destruir y la de innovar. La del odio á las preocupaciones, y la del amor á las luces.

Voltaire era la verdadera bandera de destrucción. En talento, no el mayor, pero sí el más vasto de Francia, no ha sido juzgado hasta ahora sino por sus sectarios ó por sus detractores. La impiedad deificaba hasta sus mismos vicios, la superstición se cegaba hasta el extremo de anatematizar sus virtudes. Finalmente, cuando el despotismo volvió á entronizarse en Francia, conoció la precisión que tenia de desarraigar á Voltaire del espíritu nacional, para instalar de nuevo la tiranía. Napoleón pagó por espacio de muchos años una porción de periódicos y de escritores, cuyo único objeto era desacreditar y negar el genio de Voltaire. Aborrecía su nombre como la fuerza aborrecía á la inteligencia, y no se contemplaba en completa seguridad en tanto que existiese el menor recuerdo de Voltaire. La tiranía cuenta como uno de sus primeros apoyos con las preocupaciones. La iglesia al restaurarse, tampoco podía consentir en que su nombre fuese glorioso para el pueblo, y si bien es cierto que tenia derecho para aborrecer á Voltaire, no le asistía ninguno para negar su talento. Voltaire ha sido sin disputa el más poderoso entre todos los escritores de la Europa moderna, porque ninguno ha producido tanta agitación en los ánimos, sin más fuerzas que las de su voluntad y las de su talento. Su pluma obró una revolución completa en el mundo antiguo, é hizo temblar, no solo al imperio de Carlo-Magno, sino al imperio casi europeo de la teocracia. Su genio no le constituía la fuerza sino la luz, y Dios que no le habia destinado para abarcar los objetos, le habia dotado de una claridad de entendimiento que parecía comunicarse á todos sus escritos. La razón, que no es sino una luz, debía empezar por hacer de él su númen, luego su apóstol, y finalmente su idolo.

Voltaire era hijo del estado llano, nació en una calle oscura del antiguo París, y en tanto que Luis XIV y Bossuet reinaban en Versalles, rodeados de las pompas del poder absoluto y del catolicismo, el Moisés de la impiedad iba creciendo y desarrollándose muy cerca de ellos sin que nadie sospechase lo que había de llegar á ser con el tiempo. De este modo juega con los hombres el destino, sin que nadie sospeche el prestigio que puede alcanzar el individuo que mas insignificante parece en la sociedad. Estaban en su mayor apogeo el trono y el altar, en aquella época en que rigiendo los destinos de la Francia el duque de Orleans, un vicio reemplazaba á otro vicio y la debilidad sustituía al orgullo. Los vicios de la corte eran dulces y fáciles, porque la corrupcion iba desarrollándose, y el desenfreno había ocupado el puesto de la austeridad monacal de los últimos años, dirigido por *Letellier* y madama de Maintenon. Voltaire, precoz en audacia y en talento, jugueteaba ya con las armas del pensamiento, que tan temible le habían de hacer en lo sucesivo, y el regente, que ni siquiera podía sospechar en ello el menor peligro, le dejaba escribir, contentándose con reprenderle severamente, por fórmula, su escésiva osadía, que no dejaba de causarle cierta complacencia, aun en el mismo momento en que la castigaba. La incredulidad de la época provenia mas bien del desarreglo de las costumbres que de un exámen reflexivo sobre la independéncia del pensamiento; mejor podía llamarse libertinage que consecuencia de las convicciones interiores. La irreligion de aquella época era viciosa, carácter que conservó siempre la de Voltaire. Valiéndose de la burla y despreciando las cosas mas sagradas, cosas que aun cuando se trate de destruirlas, deben

mirarse con respeto, fué como empezó Voltaire á darse á conocer. Asi tuvieron origen la lijereza, la ironía, y aun el cinismo de que hizo gala en sus escritos y de palabra, aquel apóstol de la razon. El viage que hizo á Inglaterra le confirmó mas en sus instintos de incredulidad, porque asi como en Francia no había conocido mas que libertinos de talento, en Lóndres creyó haber dado con los verdaderos filósofos. Apasionóse entonces por la razon como se apasiona el hombre por todo lo nuevo, y creyó desde luego en su entusiasmo, que había hecho un nuevo descubrimiento. En un carácter tan activo como el francés, aquel entusiasmo y aquel odio, no fueron una mera especulación, cual hubiese sucedido con un hijo del Norte. Apenas creyó que estaba convencido, cuando trató de persuadir á los demas, siendo toda su vida una accion continuada, dirigida hácia dos solos objetos: la abolicion de la teocracia y la tolerancia y libertad de cultos. A salir con este empeño consagró todo el talento con que Dios le había dotado, valiéndose de la mentira y de la astucia, con todo el cinismo y con toda la inmoralidad que le sugeria aquel mismo talento tan mal empleado. Para él eran buenas todas las armas, hasta aquellas que el respeto á Dios y á los hombres prohibe á los sábios; porque su virtud, su honor y hasta su gloria, las había comprometido con tal de adquirir la victoria que apetecía. Asi es que el apostolado de la razon, fué muy semejante en sus formas á la profanacion de la piedad, y en vez de iluminar el templo lo asoló.

En cuanto se resolvió á declarar la guerra al cristianismo buscó auxiliares para dar cima á su empresa, razon por la cual se unió al rey de Prusia Federico II, conociendo que necesitaba el apoyo de los tronos para hacerse temible al sacerdocio. Federico, imbuido en las mismas máximas de filosofía, ateísta puro y que tenia en poco á todos los hombres, fué el Dionisio de este nuevo Platon. Luis XV, en cuyos intereses entraba conservar

sus relaciones de amistad con la Prusia, no se atrevió á meterse con un hombre á quien Federico llamaba amigo, por lo cual Voltaire se hizo mas audaz escudado con aquel cetro, y aparentando interesarse por los tronos le hizo entrever que lo que se proponia era emanciparlos de la dominacion de Roma. Consintió gustoso en que la libertad civil de los pueblos estoviese al arbitrio y bajo la dependencia de los reyes, con tal que estos le ayudasen en su conquista de la emancipacion de las conciencias, y no solo afectó defender el poder absoluto de los monarcas, sino que llevó su bajeza hasta el extremo de adorar sus debilidades y flaquezas. No solo halló disculpas á los vicios de Federico el Grande, sino que hizo que la filosofia se prosternase ante las mancebas de Luis XV. Parecido á aquella cortesana de Tebas que levantó una de las pirámides de Egipto con los tesoros que habia acumulado con su desarreglada conducta, Voltaire adoptó toda especie de prostituciones exigiendo solo como precio de sus complacencias que los que participaban de ellas fuesen otros tantos enemigos del Crucificado. Comprólos en efecto á millares en toda Europa, y muy particularmente en Francia. Acordábanse todavia los reyes de la dependencia en que vivian en la edad media, época en que los papas disponian de los tronos á su antojo, y en la que los monarcas no podian menos de ver con envidia y con un odio reconcentrado que el clero tenia tanto poder sobre los pueblos como ellos, y que validos de sus títulos de cardenales, de limosneros, de obispos ó de confesores, los sacerdotes eran los que realmente reinaban en las córtes. Los parlamentos, esa especie de clero civil, tan temible aun para los mismos soberanos, detestaban en su interior al clero, aunque exteriormente apoyaban y protegian la fé con sus decretos. La nobleza, guerrera, corrompida é ignorante, era partidaria de aquella incredulidad que iba á proporcionarla el sacudir impunemente el yugo de la moral. Finalmente,

la clase ilustrada de la nacion presentia que la insurreccion del pensamiento debia producir necesariamente la emancipacion del estado llano. Tales eran los elementos que debian influir en la revolucion de las ideas religiosas, y Voltaire se apoderó de ellos con toda la oportunidad que inspira la pasion y que á veces es de mucha mas utilidad que el genio, por muy superior que este sea. Guardóse muy bien de presentar la razon bajo las austeras formas de la filosofia á un siglo nuevo, ligero é irreflexivo, y se sirvió de la burla y de la ironia, formas mucho mas adecuadas á su intento que las otras. Si se hubiese propuesto hacer reflexionar á sus compatriotas nada hubiera conseguido; haciéndolos reir obtuvo un triunfo completo. Sus ataques á la religion nunca fueron á cara descubierta, porque á hacerlo así le hubiera sido muy difícil sustraerse al rigor de las leyes, y quizá no hubiera podido evitar la hoguera de Servet.

Este nuevo Esopo combatió la tiranía bajo nombres supuestos, y ocultó el odio de su corazon en el drama, en la novela, en la historia, y hasta en cuentos jocosos y obscenos. Sus escritos fueron una alusion continuada contra todo lo existente, y prevalido de la gran ventaja de que sus enemigos no le comprendian, ocultaba la mano en cuanto les habia hecho una herida mortal. El combate de un hombre contra todo un sacerdocio, el de un individuo contra una institucion y el de una vida contra diez y ocho siglos necesitaba gran audacia en el que lo sostenia: Voltaire la tuvo.

## VII.

Aquel atrevimiento con que un hombre solo luchaba contra todos, revelaba en él una fuerza incalculable de conviccion y un empeño decidido por el triunfo de la

nueva idea, porque es innegable que hay heroísmo en desafiar los respetos humanos, esa cobardía del entendimiento disfrazada bajo la forma de respeto al error. Voltaire desafió impávido los anatemas de la iglesia y el odio de los reyes, y comprometió la dignidad de su nombre, no solo durante su vida sino hasta después de su muerte. Resignóse á sufrir largos destierros por no perder la libertad de combatir, y se apartó voluntariamente del trato de los hombres para que no le incomodasen en el desarrollo de sus pensamientos. Enfermo, con 80 años de edad y sintiéndose próximo á morir, hizo varias veces sus preparativos precipitadamente para irse á combatir y espirar lejos de su patria. La vena creadora de su espíritu no se resfrió un solo instante; elevó la sátira hasta donde nadie la habia elevado, y en medio de una chanza que duró tanto tiempo como su vida, se descubre una gran fuerza de perseverancia y de convicción. Tal fué el carácter de este célebre filósofo, en quien la verborrosidad luminosa del pensamiento ocultó lo profundo de la idea; su constancia no ha sido suficientemente conocida, porque siempre la ha ocultado con la máscara de una risa burlona. Padecía riendo, y sin embargo, queria padecer ausente de su patria, separado de sus amigos, sin gloria, mancillado su nombre y maldecida su memoria. Todo lo aceptó sin mas miras que el triunfo de la independencia de la razon. No vale menos el sacrificio, por cambiar de causa, y esta fué su virtud á los ojos de la posteridad. Voltaire no fué la verdad, solo fué el precursor de ella. Faltóle una cosa muy necesaria; el amor de Dios. Su entendimiento le veia, pero aborrecia las formas que le habian prestado las antiguas edades, que era lo que ellas adoraban. Rasgaba colérico las nubes que impedían que la idea divina brillase pura entre los hombres, y su culto, mas bien era un odio contra el error, que un sentimiento de fé en la Divinidad. Voltaire no alimentaba en su alma aquel sentimiento re-

ligioso, aquel resúmen sublime del pensamiento humano, aquella razon que se enciende con el entusiasmo para remontarse hasta la Divinidad como una llama, uniéndose á ella en la unidad de la creacion con el Creador. De aquí los resultados de su filosofía. Esta no creó ni moral, ni culto, ni caridad, y nada hizo sino descomponer y destruir. Consistiendo en una negacion fria, corrosiva y sarcástica, obraba como el veneno, helaba, mataba, pero no vivificaba jamás. Asi es, que no producía todo el efecto que debia producir ni aun contra aquellos errores que no eran sino la mala inteligencia de un pensamiento divino. Esta es la causa de que en vez de producir creyentes, solo lograrse hacer escépticos, de suerte que la reaccion cristiana fué pronta y general. Imposible era que dejase de suceder así; la impiedad barre el alma de los errores religiosos y sagrados, pero jamás llena el corazon del hombre; nunca esta será suficiente para destruir un culto, porque á una fé es preciso reemplazar otra fé. No es dado á la irreligion el destruir una creencia sobre la tierra, pues únicamente una religion que sea mas luminosa puede obtener un verdadero triunfo sobre la religion alterada reemplazándola. La tierra no puede quedar sin altares, y solo Dios es bastante fuerte contra Dios.

## VIII.

El 5 de agosto de 1791, primer aniversario de la famosa noche del año anterior, en que se derrocó el régimen feudal, empezó la Asamblea nacional á revisar la Constitución: solemne é imponente era aquel acto de unos legisladores que iban á terminar su carrera pública sobre las ruinas que habian sembrado en su camino, y sobre las nuevas fundaciones que habian creado. ¡Qué distinta era la disposicion de sus ánimos en aquel momento, de



lo que fuera cuando dieron principio á su obra! Entonces la emprendieron con entusiasmo, y ahora iban á revisarla convencidos de la realidad y cubiertos de tristeza. Cuando se abrió la Asamblea nacional, se abrió entre las aclamaciones de un pueblo lleno de esperanzas, y al cerrarse oía bramir en torno suyo el tempestuoso huracan de las pasiones de todos los partidos. El rey estaba preso, los principes habian emigrado, el clero se hallaba en cisma, la nobleza escondida ó ausente, y el pueblo en completa revolucion. La popularidad de Necker habia caducado cuando se hallaba en el apogeo de su popularidad. Mirabeau habia muerto; Maury habia enmudecido, y Cazalés, Lally y Mounier abandonaban su obra. Dos años habian sido suficientes para destruir mas hombres y mas cosas que destruye una generacion en tiempos normales. Las voces de ochenta y nueve hombres inspirados por la filosofia y por la esperanza, ya no resonaban bajo aquellas bóvedas; los grandes hombres habian desaparecido, y los talentos de segundo orden se preparaban á combatir, aunque tímidos y desalentados, porque carecian de aquel genio que impulsa al pueblo á obrar, y tampoco tenian en si mismos suficiente fuerza para resistirle. La sensibilidad habia hecho que Barnave recobrase todas sus virtudes, pero su arrepentimiento era ya tardío, y solo sirvió para hacerle conocer la enormidad de las faltas que habia cometido. En las revoluciones no es de ninguna utilidad el arrepentimiento; lo que se necesita son espiaçiones, y Barnave iba á empezar la suya, por no haberse querido unir con tiempo á Mirabeau para salvar la monarquía. Robespierre era á Barnave lo que éste habia sido al gran tribuno; pero Robespierre, mas poderoso que Barnave, no obraba movido de envidia, sino dirigido por una idea constante, resultado de una teoría implacable y severa. Barnave no habia contado nunca mas que con una facción. Robespierre estaba apoyado por todo un pueblo.

## IX.

Desde las primeras sesiones trató Barnave de atraer al partido de la Constitución á los que las opiniones de Robespierre y de sus amigos habian separado de ella, y lo hizo con una delicadeza que descubria lo precario de su posición, á pesar de la fuerza de sus palabras. «Se ataca, dijo, el trabajo de la comision aunque no existen contra ella sino dos géneros de oposicion: primera, la de los hombres que constantemente se han declarado enemigos de toda innovacion; segunda, la de los enemigos de la igualdad, que detestan nuestra obra porque destruye la aristocracia. Otra clase hay hostil á la Constitución, pero debe subdividirse en dos fracciones distintas. Pertenecen á la primera ciertos hombres, que por conviccion interior prefieren otro sistema de gobierno cuyas formas disimulan con mas ó menos maestria en sus discursos, porque trabajan constantemente por despojar á nuestra Constitucion monárquica de todo lo que puede entorpecer ó dilatar que se establezca la república. Convencido de que todo el que abrigue una opinion pura en politica tiene derecho de enunciarla no trato de atacar á estos hombres. Otros hay que enemigos de toda forma de gobierno, si hoy no nos combaten, no es porque prefieran este ó el otro, sino porque cuanto contribuye á fijar la marcha política del Estado y á cimentar el orden, así como cuanto tiende á que aparezcan bajo su verdadero punto de vista los hombres probos y los que no lo son, los honrados y los pícaros les es odioso (prolongados aplausos en la mayoría del lado izquierdo). Estos son, señores, los que se han opuesto mas encarnizadamente á nuestros trabajos y los que han tratado de perpetuar la revolucion, porque están convencidos de que en cuanto la fijemos ya no les será dado es-

plotarla. Estos hombres han creído dominar la opinión pública con solo mudar los nombres de las cosas y con aparentar y hacer alarde de su patriotismo, habiendo logrado con esto y con cierta máscara de probidad y de pureza, con que hipócritamente se han cubierto, obtener los primeros y mas elevados puestos del Estado. Algunos escritores, ajenos de todo sentimiento honrado, se han unido á ellos (repetidos aplausos impiden que se oiga al orador, y todas las miradas se fijan en Brissot y en Robespierre); si quereis que vuestra Constitucion sea una verdad, si deseais que la libertad de la nacion lo sea tambien, pues hasta ahora no pasa de ser una esperanza (murmillos de descontento), dedicaos á simplicar esa Constitucion y conceded á todos los poderes creados por ella la fuerza de accion y de influencia necesarias para dar impulso á la máquina social, y para que la nacion conserve la libertad que le habeis dado... Si la salvacion de la patria os es cara, mirad con detencion lo que vais á hacer. Fuera de este recinto toda desconfianza injusta, que solo puede ser provechosa á nuestros enemigos si llegan á convencerse de que esta Asamblea, contra cuya constancia y valor se han estrellado todas las maquinaciones de los partidos desde que el rey se fugó, está próxima á dividirse en fracciones, que es á lo que han aspirado esos hombres procurando con maña introducir entre nosotros una mútua desconfianza (nuevos aplausos). No dudeis, señores, que si esto se verificase, veriais renacer en el interior esos desórdenes de que estais tan hartos y cuyo término debía fijarse, fijando los límites de la revolucion. En lo esterior volverian á reproducirse las locas intenciones que hasta ahora hemos rechazado con ventaja, porque nuestra union nos hacia ser fuertes, y convenceos de que si sabemos seguir unidos como hasta aqui, nadie se atreverá á disputarnos la victoria. Si llegásemos ahora á dividirnos, toda tentativa podria tener probabilidad de buen éxito, porque ninguno de no-

sotros se fiaria del otro, y porque todos abrigariamos injustas sospechas, con lo cual se haria imposible que pudiésemos ponernos de acuerdo para terminar dignamente la gran obra que hemos emprendido.» Barnave no pudo proseguir, porque los aplausos de la mayoría ahogaron su voz, y hubo un instante en que toda la Asamblea estuvo por el gobierno monárquico representativo.

## X.

En la sesion del 23 de agosto se discutió el artículo de la Constitucion, en que se decia que los individuos de la familia real no podian ejercer los derechos de ciudadanos. El duque de Orleans tomó la palabra para protestar contra este artículo, y declaró en medio de aplausos y murmullos, que si se adoptaba, le quedaba el derecho de optar entre el título de ciudadano francés y el que tenia eventualmente al trono, en cuyo caso renunciaria á este Sillery, amigo y confidente del principe, subió á la tribuna y combatió con elocuencia y habilidad, las conclusiones de la comision. Lleno este discurso de alusiones directas á la situacion en que se hallaba Orleans, fué el único acto ostensible de ambicion intentado por el partido de aquel principe. Sillery dió principio á su discurso contestando directamente al de Barnave. «Seá-me permitido lamentarme, dijo, del abuso que veo hacen algunos oradores de su talento, valiéndose de un lenguaje extraño. Quiere hacérsenos creer que existen aqui facciosos, anarquistas y enemigos del orden, como si este no pudiese conservarse sino satisfaciendo las ambiciosas exigencias de ciertos y determinados partidos.... Se os propone que concedais á todos los individuos de la familia real el título de principes y que les despojeis de los derechos de ciudadanía. ¡Qué inconsecuencia y qué

ingratitude! Declarais como el mas bello de los títulos el de ciudadano francés, y proponéis al mismo tiempo que puede trocarse con el de príncipe, á pesar de que lo habéis suprimido como contrario á la igualdad. Algunos de los parientes del rey, que han permanecido en Francia, ¿no han mostrado constantemente el patriotismo mas puro? ¿No han hecho servicios distinguidos á la causa pública con el ejemplo y á costa de mil sacrificios? ¿No han renunciado voluntariamente á todos sus pomposos títulos, solo por obtener el de simples ciudadanos? ¿Y sois vosotros los que proponéis que se les despoje de él! ¿Qué es lo que sucedió cuando suprimisteis el título de príncipe? que varios individuos de la familia real han emigrado al extranjero, y se han ligado con los soberanos de otros países para combatir la patria, al paso que otros se han afiliado en nuestra bandera. Si el título de príncipe vuelve á restablecerse, se concede á los enemigos de la patria todo cuanto ambicionan, y se quita á aquellos parientes del rey, que se han declarado patriotas, todo cuanto aprecian. Si obráis de este modo, el triunfo y la recompensa son para los príncipes que están conspirando, y el castigo y los sacrificios para los que han hecho causa comun con el pueblo. Dicese que es peligrosa la admision de los miembros de la familia real en el cuerpo legislativo, y lo que se establece con esta hipótesis, es que en lo sucesivo sean todos los individuos de la familia real, de generacion en generacion, ó cortesanos vendidos ó facciosos. Sin embargo, ¿no es posible suponer que se hallen tambien entre ellos algunos patriotas? ¿Es á estos á los que tratais de humillar? ¿Quereis condenar á los parientes del rey á que aborrezcan la Constitucion, y á que conspiren constantemente contra una forma de gobierno que no les deja la eleccion de otros papeles que los de cortesanos ó conspiradores?... Mirad por el contrario todo lo que de ellos puede esperarse si llegan á inflamarse en amor patrio. Volved la vista hácia uno de los vástagos de esa

raza, cuyo destierro se os propone, y vereis, que apenas habia salido de la infancia, cuando tuvo la dicha de salvar las vidas de tres ciudadanos, á riesgo de perder la suya. La ciudad de Varennes le ha concedido una corona civica. ¡Desgraciado niño, será esta la última que recibirá tu raza!...» Este discurso fué interrumpido muchas veces por un sin número de aplausos, que no cesaron hasta mucho despues de haber dejado de hablar el orador, y que fueron una prueba de que habia ya algunas personas que abrigaban la idea de una dinastía revolucionaria, y que si no existia una faccion que pudiera llamarse de Orleans, existia ya el que habia de ser su jefe si llegaba á crearse. Robespierre, que era tan enemigo de una faccion dinástica como de la monarquía, notó sobresaltado estos síntomas de un nuevo poder que aparecia en lontananza. «Reparo, dijo, que nos ocupamos mucho de los individuos, y muy poco de los intereses nacionales: no es cierto que se trate de degradar á los parientes del rey. Tampoco se pretende que sean menos que los demas ciudadanos; lo que se quiere es separarlos del pueblo de un modo honorífico. ¿A qué conduce andar en busca de títulos para ellos? Los parientes del rey nunca pasarán de ser parientes del rey, y el esplendor del trono no consiste en estas denominaciones de la vanidad; no se puede declarar impunemente que hay una familia en Francia superior á todas las demas, porque en tal caso ella sola constituiria toda la nobleza de la nacion, y permaneceria entre nosotros como un gérmen de otra nueva aristocracia y como el fundamento indestructible de esa nobleza que hemos abolido para siempre.» La protesta de Robespierre fué acogida en medio de los mas estrepitosos murmullos, viéndose obligado á interrumpir su discurso y á dar una especie de satisfaccion. «Ya veo, dijo, que no nos es permitido profesar aquí, sin esponernos á ser calumniados, las mismas opiniones que nuestros adversarios sostuvieron los primeros en esta Asamblea.»